

DEL MOMENTO

En la muerte de Lenin

LENIN tiene ya para todos el supremo derecho: el derecho a la Historia. Su sombra puede exigirnos que se la juzgue bajo especie de eternidad. No ha sido un hombre fugaz, sobre quien haya de caer el olvido. En vida tuvo irradiación y destello, y ha dejado un surco profundísimo sobre la tierra, una estela de luz tras de su paso.

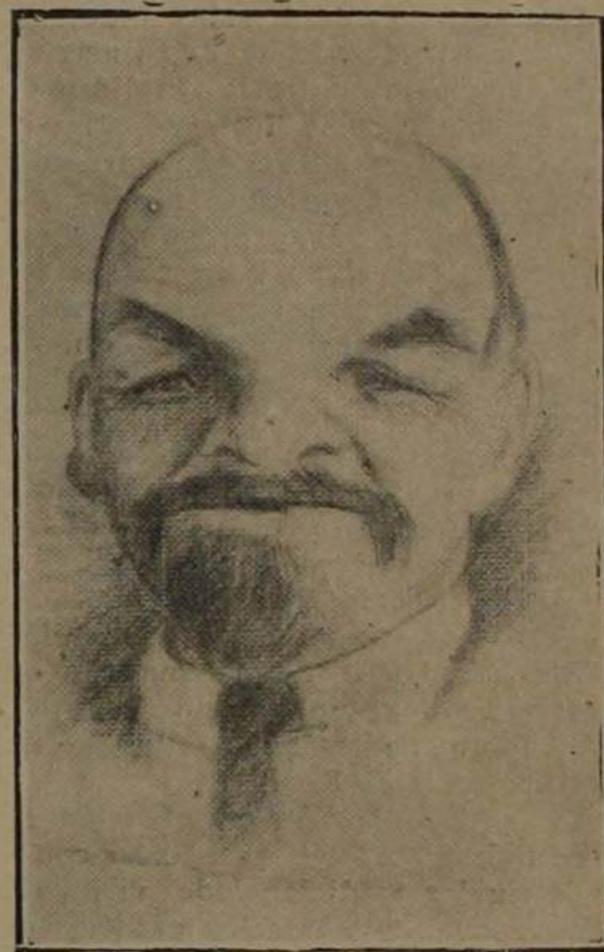
La primera dificultad con que se tropieza al emprender la pesada tarea de juzgarle es ésta: ¿cómo desprenderse de la pasión humana y lanzar la vista más allá del accidente efímero? Ese nombre ha suscitado tempestades adversas; pero también entusiasmos y abnegaciones casi idolátricos. Unas multitudes han absorbido su palabra como la de un inspirador predestinado. Y otras multitudes han pronunciado su nombre como el de una potencia demoníaca. Su cadáver ha sido expuesto al público a manera de simulacro venerando, carne ideal ungida por la muerte. Y, en cambio, otra pasionalidad humana invocó mil veces la muerte contra él, forjándose la ilusión de que el deseo podía obrar como una lejana fulminación sobre su cabeza...

Lo primero que debemos considerar en su figura es la acción de la raza sobre él: su esclavismo. Lenin no ha sido el primer artífice de un ensayo de sociedad nueva para todo el mundo; ha sido el transformador violento de un régimen violento, queriendo acomodarlo paradójicamente a una visión absoluta de perfección. No podemos separarlo de su Rusia. Ni sus enemigos pueden presentárnoslo como el fracaso experimental definitivo de las teorías redentoristas, ni sus fanáticos pueden convertirlo en héroe inicial o *demiurgo* de la futura Humanidad. Su fuerza histórica es inseparable de su sangre eslava. En su alma de proscrito se concentraron las víctimas de una tradición brutal. Su temperamento se aguzó como un arma en el destierro siberiano. Ocultando su apellido patricio, quiso legar a la posteridad el nombre de guerra con que se invistió, como un *Remember* de sus martirios: *Lenin*, en recuerdo del río glacial en cuyas riberas tiene el infierno dantesco una de sus mayores plasmaciones humanas.

¿Fue una causa? ¿Fue un efecto? ¿Hemos de atribuirle entera la responsabilidad de su obra o hemos de verle como el producto natural del despotismo bajo el cual se formó? La Revolución rusa como fuerza histórica, no

parece que pudiera haber sido el paso de un despotismo sangriento a un régimen de templanza, como el de los Estados occidentales. Diríase que existe una ley de compensaciones en la dinámica política; y que al sistema dictatorial de una casta corresponde otro sistema dictatorial opuesto, hasta que se restablezca el equilibrio. Un péndulo invisible dirige el ritmo de las sociedades. La Rusia zarista tenía una enorme culpa: había mantenido el embrutecimiento popular, buscando en él una garantía de persistencia, de supervivencia. Y cuando ninguna fuerza humana pudo impedir el asalto de las muchedumbres, ebrias de sentimentalidad no compensada por ningún fuerte valor reflexivo, aquel régimen fué víctima de la propia brutalidad bajo la cual había querido ampararse.

Lenin ha muerto. Dos Rusias quedan separadas por su nombre. Comparemos la una con la otra, para juzgarle. ¿Qué queréis, vosotros, enemigos aprioristas de ese hombre, los que acechabais sus errores para ofrecerlos al Mundo con delectación, porque temíais su éxito y deseabais ardentemente su fracaso? Nosotros también somos sus enemigos; pero sabemos sentir el soplo formidable de su fuerza. ¿Nos diréis acaso que la Rusia de Lenin valía la de los zares? ¿Nos diréis que fué mucho peor? ¡No! Lenin fué una Revolución, y no un sistema; fué un momento dinámico, y no un estatismo cortesano. Sepamos percibir el fondo épico de la Historia que sobre nosotros pasa. Si el porvenir tiene capacidad para formar mitos, ese hombre aparecerá como un titán, entre cuyos dedos se retuerce una materia sometida a nueva plasmación. Ahí tenéis su más alta excusa. La violencia de Lenin operaba en nombre de un ideal; no por la obstinada conservación de una prepotencia material y humana. Imaginemos a ese hombre en la soledad de su destierro, acariciando el ensueño de su Rusia, traspunto de su imaginaria Humanidad. La amargura de aquellas horas infundiría en su piedad irritada un paradójico amargor de misantropía... Súbitamente, la guerra inicia el período catastrófico, propicio a las grandes crisis febriles... La evolución lentísima de su pueblo se transforma en subversión estallante. Y Lenin siente la gran voz de su destino histórico. Un *finalismo* misterioso le impulsa. Todo su espíritu debió trepidar bajo la ineludible conciencia de una misión. Sintióse fatal, desbordado y rugiente



LENIN

Retrato caricaturesco

(Por PACO RODRÍGUEZ RUIZ).

como un cataclismo. Operarían sobre él las vagas ascendencias supersticiosas, el simplicismo visionario de la estepa, la propia rudeza tentadora del esfuerzo. Y quiso infundir en el barro carnal de sus hermanos el nuevo soplo, el espíritu de porvenir...

¿Cuál es el tipo de su naturaleza revolucionaria? No vemos en él la violencia romántica de Danton ni tampoco la acerada frialdad de Robespierre, que, sin duda, le fué muy inferior en todos sentidos. Su familia espiritual es otra. En cierto modo, su alma fué cronwelliana, porque pareció sentir como un móvil religioso el imperio de su fe. Su austeridad personal ha flotado sobre la nube de insidias en que le envolvió la lejana impotencia de sus adversarios. Y su más visible grandeza histórica se apoya en la energía con que defendió a su Rusia, erecta como inverosímil piedra de escándalo en medio de un mundo atónito contra los ejércitos que suscitaron contra él las potencias, al mando de adventicios mesnaderos. Ignoro si Trotski puede llamarse, como Lázaro Carnot en la Revolución francesa, el organizador de esas victorias. Pero no se puede desconocer que la figura de Lenin encarna el espíritu de esa resistencia heroica que dió a la Rusia convulsa y revolucionaria reflejos de Valmy y de Jemmapes.

• •
¿Qué quedará de la obra de Lenin? Para la futura experimentación social